

rado, de ojos azules y cabellos de oro, con sus frases melosas y sus afectadas maneras, no le pareció un huésped á quien prudentemente pudiera instalar á diario al lado de su chimenea. La señora de Croix-Mort, que cuidaba y extremaba su tocado para los árboles de su jardín y los espejos de sus salones, decidió mantener á cierta distancia á aquel resuelto admirador. Creyó que no dejaba de haber mérito en esta prudente conducta. Pero la Condesa poseía un fondo sólido de virtud, que no le permitía conducirse de otra manera.

Si Fernando hubiera sido un hombre impaciente, habría podido, desde el primer paso, comprometer gravemente el éxito de su empresa. Se hubiera estrellado ante obras de defensa imprevistas; pero Fernando no era un hombre impetuoso. Además, tenía un año por delante, á lo menos, para recorrer el mapa del amor, y no quería, de ningún modo, malograr su proyecto por ir más de prisa. No se consideraba bastante seguro de permanecer mucho tiempo en la plaza conquistada. Era, pues, preciso hacer el viaje despacio. No volvió á presentarse en Croix-Mort. Tuvo la habilidad, no volviendo, de hacer á la Condesa pasar por las cuatro fases sucesivas de la sorpresa, del recuerdo, del despecho y del deseo. Al mismo tiempo, le ins-

piró confianza. No había realmente para qué adoptar precauciones contra un enemigo que no parecía pensar siquiera en el ataque. ¿Para qué cerrar las puertas y las ventanas? No había que temer ningún asalto, y todo podía dejarse abierto.

Al cabo de cuatro días, Regina empezó á pensar que el señor de Ayères, su vecino, no era un modelo perfecto de cortesía. Se le había dispensado un favor; había correspondido con otro, y no había hecho más, considerando que ya estaba cumplido. ¡Como si un hombre pudiera considerar de esa suerte haber cumplido con una dama! El genio de la Condesa se resintió por efecto de estas preocupaciones, y su hija fué la primera en sufrir las consecuencias.

Edmea, que se presentó en el salón con una mancha de color en una de sus mangas de tul, fué despedida por su madre como si hubiera cometido la más grave de las faltas. Estaba la joven en lo más crítico de su trabajo artístico, dando la última mano á dos estudios que quería enseñar triunfalmente al viejo pintor de quien era discípula.

—Si lo que haces tuviera siquiera sentido común...—le dijo la Condesa con enojo.—Pero manchas los lienzos de tus cuadros lo mismo que



tus vestidos, y sin más utilidad por cierto.

—¿Quiére Ud. ver lo que he pintado?— preguntó Edmea maliciosamente á su madre.

Corrió á su taller, y trajo á su madre un cuadrito representando un pequeño espacio de terreno, de brezos y álamos. Dos personajes, bastante bien puestos, animaban el paisaje. Parecía que disputaban. El uno, con su blusa azul, sus grandes polainas y su capotón, no podía ser otro que el guarda Juan Billet. El otro, elegantemente vestido á la inglesa, y con una soberbia barba rubia, se parecía singularmente al Barón, en quien hacía una semana estaba pensando la Condesa. Un faisán muerto en el suelo, parecía ser la causa del violento coloquio.

La señora de Croix-Mort miró el cuadrito, y se puso colorada. Frunció el entrecejo y sin mirar á su hija, le preguntó con voz temblorosa:

—¿Y qué significan esos borrones?

Edmea miró á su madre, y con la seguridad de quien obra sin malicia, contestó:

—Es Billet amenazando con el proceso verbal al señor de Ayères.

—Mira, hija; no me vuelvas á traer esas necias alegorías y esas grotescas estampas, y, sobre todo, cuidado con que enseñes á nadie este cuadrito.

La joven se retiró, vivamente contrariada por tan mal recibimiento. No había creído cometer ninguna falta grave. Estaba muy prevenida contra el apuesto Fernando, y de esta impresión había nacido la escena del cuadro. El Barón le había desagradado desde el primer día. ¿Por qué? No lo sabía. Era instintivo en ella el sentimiento de disgusto que experimentaba viendo al vecino. También Billet, el rudo y adicto guarda, como un perro guardián que recela de alguno, había gruñido y enseñado los dientes al topar con el Barón. Las gracias y los atractivos de aquel elegante parisiense habían ejercido sobre aquella sencilla hija de la naturaleza una acción absolutamente inversa de la que producían de ordinario sobre mujeres más cultas y sociales. Edmea le encontró afectado y algo ridículo, y él pasaba por irresistible. Sus cabellos tan bien peinados, su barba admirablemente cuidada, todo en él le pareció demasiado cultivado, demasiado empalagoso. Mejor le parecía la barba enmarañada del guarda Billet, y aquella bocaza con su franca y brutal sonrisa, cuando su amada señorita le decía una palabra bondadosa.

Fué á la rectoría después de medio día, y contó al Cura la escena de la mañana. El Cura



se rió, y preguntó si el Barón había ido á visitar á la Condesa. Sorprendióle mucho la contestación negativa de la joven, y exclamó:

—Pues es raro; porque él mismo me dijo que vendría á visitarla.

Presintiendo algún incidente, y curioso como una vieja, por la tarde, después de comer, fué el Cura á ver á la Condesa. La encontró con los nervios alterados. Sin embargo, le recibió con agrado, como una persona que se aburre y que encuentra ocasión de distraerse de sus tristezas, y le habló de fruslerías. La conversación languideció mientras no se trató de otra cosa que de la lluvia y el buen tiempo; pero se animó extraordinariamente en cuanto el Cura pronunció el nombre del Barón.

—Me dió un mal rato el otro día—dijo la Condesa,—obligándome con tanta insistencia á aceptar su coche. No hubiera querido aceptar, porque no tiene él motivos para permitirse tanta familiaridad, y tampoco podía rehusar el favor, porque acaso le hubiera parecido demasiado arisca y ceremoniosa. No creo que su amigo de Ud. habrá creído que me ha hecho uno de esos grandes servicios que convierten á una persona en angel salvador, ó poco menos.

—Solo tuvo el buen deseo de evitar que ca-

yese á Uds. encima el aguacero al volver á casa desde la iglesia. No creo que fuese otra su intención. Cuando Uds. salieron, habló conmigo de otros asuntos muy diferentes, y nada me dijo de Uds. Y crea Ud., que me han asombrado su formalidad y su gravedad de ahora. En otro tiempo le conocí yo otro hombre... más... menos...

—Vamos, un calavera.

—Señora, Dios me libre de murmurar del prójimo... Entonces tenía en la cabeza más ideas frívolas que juiciosas; pero ahora está completamente cambiado, y me parece que no está muy lejos de pensar en casarse.

—¿Y es para realizar ese proyecto para lo que ha venido á este país? ¿Pero con quién se va á casar aquí? ¿Con alguna aldeanota de las cercanías?

—Señora Condesa—dijo el Cura con beatífica compunción:—me parece que sin ir lejos encontraría...

Regina no le dejó acabar; levantose vivamente, y con una mirada severa, dijo al Cura:

—Ni una palabra más, señor Cura, que me enojaría Ud. mucho; y no volvamos á hablar de ese asunto.

En aquel momento entraba Edmea. El Cura pensó que la Condesa no quería abrir los ojos



de aquella criatura, hablando de matrimonio delante de ella, y que, considerándola demasiado joven para casarse, no quería recibir proposiciones que no había de aceptar. Ni sospechó siquiera el buen hombre que Regina, agitada su imaginación por apasionados desvaríos, había creído que por ella decía el Cura lo que éste decía por Edmea. Hubo un error que debía producir fatales consecuencias. Si el reverendo padre hubiera podido añadir tres palabras no más, la Condesa habría mirado desde luego al barón de Ayères, si no con aversión, á lo menos con indiferencia. Hubiera tomado definitivamente la resolución de mantenerse á distancia, y hubiera evitado así catástrofes. El destino de estos tres seres estuvo así en suspenso durante un cuarto de segundo, y se decidió al fin por un escrúpulo de coquetería.

La señora de Croix-Mort se sintió completamente tranquila después de esta conversación. Ya no se figuró á Fernando como un lobo hambriento, buscando ansioso una presa que devorar. Le pareció muy manso y nada temible. Era un hombre pacífico y amable, cansado de la vida desordenada, que verdaderamente le había costado muy cara, y procurando seguir una conducta más razonable en el camino recto y poco accidentado del matrimonio. Para la

Condesa perdió un poco de poesía, pero consideró su trato posible. Un galán atrevido, con pretensiones de conquistador, podía, en rigor, ser difícil de domar. Un enamorado plácido y tranquilo, de ideas correctas, no era fácil que se extralimitase, y, en todo caso, era muy fácil contenerle. Regina entrevió una deliciosa perspectiva de relaciones moderadas á su gusto, una agradable guerra galante, que ella sabría dirigir á su capricho. Los sueños en que se había complacido durante doce años, iban á convertirse en realidades.

Aislada en su viudez, había reconstruido en su imaginación toda su vida: como un general prisionero que emplea sus ocios en combinar planes de campaña, había estudiado lo que era preciso procurar ó hacer en tal ó cual caso. Se había preparado teorías sobre cada situación, y frecuentemente, en sus recuerdos del pasado, había hallado faltas graves de táctica. ¡Cuántas veces, pensando con amargura en los disgustos que le había proporcionado su marido, se decía: “¡Ah! ¡Si pudiera volver aquel tiempo, de qué distinta manera obraría ya! Mostrándome menos resignada y más enérgica, menos triste y más coqueta, habría sujetado á mi marido, y mi existencia no habría sido lo que fué.” De esta suerte, la señora Con-



desa, en el secreto de sí misma, tomaba desquites retrospectivos y alcanzaba victorias sobre el difunto. Y envalentonada por lo que llamaba su experiencia, no temía la batalla. Acaso la deseaba.

El día siguiente al de la visita del Cura, en una admirable mañana de otoño, la Condesa se paseaba por el río con su hija en una barca. Edmea, habituada desde la infancia á manejar el remo, dirigía habilmente la embarcación. Y Regina, sentada en la popa, embriagada en la frescura perfumada de las ramas que se encorvaban, formando bóveda, sobre la rápida corriente, los ojos fatigados por la reflexión del sol sobre el agua en movimiento, mecida por el del barquichuelo, estaba entregada á una especie de sopor delicioso. El puente, de una orilla á otra, proyectando la sombra de su arco de piedra sobre el río, daba más vivos reflejos á la cinta de plata que se prolongaba entre las dos verdes orillas. Edmea, al acercarse al puente, se había vuelto, y con las manos puestas en la boca, sirviéndole de tornavoz, daba gritos, que repetía el eco de un pequeño valle cerrado por los peñascos que se extendían á la derecha como un circo rodeado de negros abetos. El río seguía el llano en este sitio, formando el límite del parque. Y al borde de tierras

de labor de un color obscuro violado, á lo largo de la hilera de juncos marinos, donde se dejaba oír el ronco graznido de los faisanes asustados, la barca iba bajando llevada por la corriente.

Edmea, dando un último grito para oír el eco, se volvió á sentar en la barca, y cogió los remos. En el mismo instante, otra voz le contestó, pero no por la boca misteriosa del eco, sino por labios humanos. La Condesa levantó la cabeza, y vió al bello Fernando que salía de entre la espesura. Al ver á la señora de Croix-Mort, el Barón pareció muy sorprendido. Avanzó con paso rápido, bajando por en medio de los juncos y los lirios hasta la orilla del río.

—Perdone Ud., señora,—dijo con el sombrero en la mano,—si he cometido la inconveniencia de contestar á los gritos que oía. He creído que era algún pastorcillo el que gritaba para distraerse con el eco. Iba precisamente á Croix-Mort, paseando... á campo traviesa.

—Es mi hija la que tiene esa bonita voz de muchacho—dijo riendo la Condesa.—Pero puesto que Ud. venía á visitarnos, no permitiremos que se canse Ud. en dar toda la vuelta al parque. Edmea, hija, rema para acercar un poco más la barca á la orilla. El otro día nos prestó Ud. su coche para volver de la iglesia, y hoy nosotras le ofrecemos nuestra barca.



—¡Oh! Hace hoy un día infinitamente más agradable,—contestó el Barón, señalando al cielo.

Saltó á la barca, que, impulsada por Edmea, rozaba ya con la proa la orilla del río, y sentándose en uno de los bancos, le dijo:

—¿Quiere Vd., señorita, permitirme que la sustituya en la dirección del bote?..

—¿Sabe Ud. remar?—preguntó la Condesa.—No vaya Ud. á hacernos naufragar.

—¡Oh!—exclamó Edmea irónicamente:—aunque se quisiera, no se podría. El bote es de fondo plano... Sólo que es pesado, y tira del brazo demasiado.

—Espero, sin embargo, señorita, que tendré fuerzas bastantes para dirigirlo.

Y tomando los remos, los manejó con un vigor y una precisión, que revelaban estudios especiales y prolongados, hechos en otro tiempo en Croissy y en la isla de Belleza. El bote se deslizaba rápido, y la Condesa, en el mismo sitio, contemplaba con mucha complacencia á aquel remero de barba rubia, que la llevaba tan velozmente no sabía adónde. Le parecía que su existencia, antes enojosa y sombría, había-se cambiado en un instante en alegre y risueña. Sentía un placer desconocido en su corazón. Subían á sus labios vagamente canciones

campestres, y en medio de aquella atmósfera pura y tibia, mecida con delicia en aquel dulce movimiento, hubiera querido seguir así, navegando mucho tiempo. Sin embargo, el río, desviándose, atravesaba el estanque que se extendía al fin de una praderita, delante del castillo. Los cisnes acudían al pasar la barca, tendiendo su largo cuello blanco y abriendo su pico amarillo, como para pedir el pedacito de pan que siempre se les daba. Estaban delante del embarcadero. El señor de Ayères atracó la barca habilísimamente, y saltando á tierra, dió la mano á Regina y á su hija. Era la primera vez que la Condesa ponía su mano en la del Barón. Éste la oprimió ligeramente, y la retuvo un segundo más de lo que debiera. La Condesa la retiró con frialdad, no sospechando que, al dar la mano al Barón, había cerrado una cadena que debía ser su martirio. Atravesaron en silencio los jardinillos, y al llegar delante de la escalinata, preguntó la Condesa:

—¿Quiere Ud. que entremos? Me parece que aquí, al aire libre, estaríamos mejor.

—En efecto—contestó el Barón;—dentro debe hacer más frío que aquí.

—Creo lo mismo. ¿Tiene Ud. sed? Beberemos. Edmea, di que traigan refresco.



Sentáronse en sillas rústicas de mimbres, y empezaron á hablar, los dos un poco turbados, de cosas indiferentes. El Barón estaba muy preocupado, porque tenía que hacer una corta en sus montes, y absolutamente no entendía nada en materia de explotación forestal. Veinte años hacía que no se cortaba un solo árbol en *La Vignerie*, y era preciso, en beneficio de la propiedad, echar abajo una treintena de hectáreas de arbolado, que comenzaba á secarse. La Condesa era también poco perita en la materia, aun cuando frecuentemente oía hablar de cortas, de resalvos, de árboles viejos y nuevos, y de todas las operaciones en que era maestro Billet.

—Si quiere Ud. preguntaré á mi guarda Billet lo que hay que hacer...

—¿Mi enemigo personal?—preguntó jovialmente el Barón.

La Condesa, poniéndose seria, contestó:

—No creerá Ud. eso; todos mis criados saben respetar á mis amigos.

—Si basta ser amigo de Ud., señora—dijo el Barón con su voz más melosa,—para ser bien visto por ese lobo con escopeta, entonces el señor Billet me adorará seguramente.

La Condesa no replicó. Edmea volvía con un criado que traía una bandeja. Fernando tu-

vo la satisfacción de ver á Regina prepararle con sus bellas manos un vaso de jarabe de cerezas mezclado con agua helada. Le bebió con fervoroso recogimiento, como un filtro servido por una adorable maga; habló todavía durante un cuarto de hora, y, pretextando una cita en su casa, partió, habiendo tenido la habilidad de lograr que su visita pareciera muy corta.

La reserva habil con que el señor de Ayères se condujo, le valió, á los ojos de la señora de Croix-Mort, el concepto de un hombre infinitamente más serio y formal que lo que ella se había figurado. El vicio había tomado con maestría las apariencias de la inocencia. El Barón fué clasificado en la categoría de las personas amables á quienes se puede entretener por medio de pequeños favores sin consecuencias, y que son adorno muy vistoso y agradable de un salón. La Condesa no había tenido ocasión de conocer seductores de profesión. Durante la vida de su marido vivió completamente retirada, y este retiro había continuado en su viudez. No se hallaba, pues, en disposición de apreciar la diferencia que existía entre un pacífico pichón, arrullador y cariñoso, como creía que era Fernando, y un gavilán osado y peligroso, como era en realidad. Aunque hubiera tenido más experiencia y más



perspicacia, la astucia estaba tan bien disfrazada, que nunca la hubiera conocido. En conciencia, le habría bastado ser prudente y cerrar su puerta, para estar á cubierto de todo peligro; pero, en el fondo, no era esto lo que quería, y con su deseo de lo imprevisto y con su anhelo por interrumpir la apatía abrumadora de su monotonía existencia, ella misma fatalmente iba en derechura á encontrar el peligro.

El señor de Ayères volvió á los pocos días, y se presentó tan sencillo, tan buen sujeto, tan jovial, que la Condesa le convidó á comer el domingo inmediato, con el Cura. La Condesa lo había pensado mucho, antes de resolverse á invitarle. La presencia del clérigo le pareció que salvaba todas las conveniencias. Y además se dijo, para convencerse más, que ella era ya casi vieja, y á su edad podía una mujer tomarse algunas libertades sin menoscabo de su decoro. Y se ufano de lograr el exquisito placer de ver un hombre exclusivamente consagrado á servirla y agradarla, y adivinar sus caprichos para satisfacerlos, á sorprender sus deseos para adelantarse á ellos. Y no sintió en presencia de Fernando la turbación que experimentaba ante su marido Croix-Mort, cuya cortesanía distinguida, correcta y fría le impedía toda

expansión y toda franqueza. Entre el ilustre y perfecto caballero, altivo é irónico, que la trataba como á una extraña, y el dulce y afable Fernando, que le ofrecía la ilusión de una cordial amistad, había un abismo. Y en este abismo, oculto bajo la hojarasca y las flores, es donde Regina iba á caer.